

IX CERTAMEN LITERARIO CONMEMORATIVO A LOS MÁRTIRES DE LA UCA

UNA NOTICIA EN LA OSCURIDAD, CUENTO BREVE

ESCRITO POR LAZAV LUMIERE

Una noticia en la oscuridad

Desde hacía una década, las noches para Felipe habían sido inquietantes. Había escuchado los gritos desesperantes de sus vecinos mientras oscuras figuras los arrastraban fuera de sus casas. Aunque los atardeceres prometían un merecido descanso y los cielos una velada deslumbrante, Felipe y los demás sobrevivientes se rehusaban a dormir y a encender cualquier luz que revelara el pequeño poblado de la montaña.

Felipe pasaba la mayor parte de las noches sentado en un pequeño catre protegido por las roídas paredes de adobe de su casa. Una taza de café le acompañaba hasta que el sueño vencía sus combatientes ojos. Encontraba reposo en ingenuos sueños remontados al pasado.

Una noche, mientras repetía con serenidad su rutina nocturna, fuertes golpes resonaron en su puerta de madera. El pobre hombre guardó silencio. Sintió las frías manos de la muerte acariciarle la espalda. Los golpes resonaron y su corazón latió tan fuerte como aquel llamado. Sujetó con sus temblorosas palmas la taza, su única arma defensora, y se acercó al pórtico.

- ¿Quién es? – musitó.
- Soy yo – contestó un leve murmullo.

La voz que sonó tras los agujerillos de la madera le pareció angelical. Abrió y las bisagras rechinaron. Era Claudia, su vecina que traía consigo una pequeña cesta.

- Claudia – le reprochó con enfado - ¿Qué andas haciendo por ahí dando sustos?
- Felipe – le dijo angustiada - ¿Es qué vos no pensas huir?

El enojo se disipó de la mente del septagenario. Le temía a esa pregunta. Pasaba sus noches, angustiado, pensando en una respuesta.

- No se para qué te quedás – reanudó Claudia sin escuchar respuesta – anoche mataron a unos curas. También fusilaron a las empleadas, las pobres que solo pasaban ahí la noche.

Felipe recobró el miedo del que había librado. Era más agudo. Claudia vio como la silueta del septagenario se sentó en la cama.

- ¿Y qué puedo hacer? – Susurró Felipe angustiada - Yo ni puedo caminar.
- ¿Te vas a quedar como esos curas? – replicó con enfado – Ya viste lo que les pasó.
- Quizá se quedaron por algo – Contestó Felipe – quizá hicieron mucho quedandose. Yo solo puedo sembrar. Me voy a quedar, a ver si hago algo.

Claudia guardó silencio. Lo miraba con consuelo, a pesar de la densa negrura. Tenía en frente a un hombre cansado, rendido. Sabía bien que sería una carga, aunque estaría dispuesta a llevarlo.

- No seas un mártir, Felipe – dijo por fin – a todos los matan. Si te encuentran, te harán lo mismo que a los curas, que a sus empleadas y a todos a los que hayan. Venite con nosotros, por favor.

Felipe lo deseaba. Tenía miedo de quedarse en aquel lugar a esperar lo inevitable. Noches anteriores se había imaginado lo que pasaría, que lo arrastrarían fuera de su casa, lo patearían solidas botas, se burlarían de él y, por último, le darían un tiro en la cabeza.

Aquel hombre encorvado se levantó. Claudia sintió un relámpago deslumbrar sus ojos. Felipe había encendido la luz, un pequeño foco que colgaba en el techo brilló como una luciérnaga que iluminaba la montaña. Había roto la regla sagrada.

Felipe tenía los ojos llorosos y su frente arrugada. Sus manos temblaban y su pecho delgado, descubierto por una camisa desabotonada, respiraba rapidamente.

- Será mejor si me quedo - dijo por fin el hombre – Vayanse, que a estos hijueputas les va costar matarme y ya no los van a alcanzar.

Felipe se armó con su fiel corvo colocandoló en su costado. Claudia lo miró desconsolada. Incluso, para ella, parecía un abuelo inofensivo.

- Te hicimos un rimero de tortillas para mañana. Están ahí en la cesta – dijo mientras sostenía un llanto y se marchó.
- Mejor que me maten a mi solito y que aquellos se salven –confesó en soledad – Será mejor a que nos maten todos juntos.

La mañana siguiente, muy de madrugada, los pequeños habitantes del poblado empezaron su camino fuera de aquella pequeña montaña. Llevaban consigo consagrados cachivaches, animales y recuerdos familiares.

Claudia se despidió, por última vez, de Felipe, que estaba en su pórtico con su taza de café y una tortilla. Al igual que otros ancianos y enfermos olvidados.